

NUESTRO TIEMPO

LA CONSPIRACION ANTICRISTIANA

Nuestro último artículo "Los dos universalismos" no pretendía sino poner en evidencia la actualidad de una verdad que no por antigua deja de tener fuerza y vigor en los acontecimientos que se desarrollan a nuestro alrededor y que es la que, en último análisis, revela el sentido y razón de ser de muchas cosas que de otra suerte parecerían inexplicables.

Esta verdad forma también parte del Magisterio de la Iglesia y a ella dedica León XIII un documento de la mayor importancia y no suficientemente recordado, cual es la encíclica *Humanum Genus* del 20 de abril de 1884 dedicada a prevenirnos de las temibles asechanzas de la masonería. Ahora bien, esta encíclica comienza por asentir al hecho de la coexistencia de los dos universalismos. "El humano linaje —escribe el sabio Pontífice— después de haberse por envidia del demonio miserablemente separado de Dios, creador y dador de los bienes celestiales, quedó dividido en dos bandos diversos y adversos, de los cuales uno combate asiduamente por la verdad y la virtud, y el otro por cuanto es contrario a la virtud y a la verdad. El uno es el reino de Dios en la tierra, es decir la verdadera Iglesia de Jesucristo, a la cual, quien quisiera estar adherido de corazón y según conviene para la salvación, necesita servir a Dios y su unigénito Hijo con todo su entendimiento y toda su voluntad; el otro es el reino de Satanás, bajo cuyo imperio y potestad se encuentran todos los que siguiendo los ejemplos funestos de su caudillo y de nuestros primeros padres, rehusan obedecer a la ley divina y eterna y acometen empresas contra Dios o precinden de Dios mismo".

La lucha, decíamos, tiene como objetivo inmediato la dominación de la ciudad temporal, para hacerla entrar bajo el poder de Cristo o del Anticristo. Es una lucha por la civilización cristiana o por el desorden anticristiano que hoy tiene su expresión concreta en el *Comunismo* y en aquellos movimientos que llevan a él, como el liberalismo y socialismo. Esta es una verdad que no se puede desconocer después que Pío XI la ha puesto de manifiesto en las encíclicas *Caritate Christi* de 3 de mayo de 1932 y *Divini Redemptoris* de 19 de marzo de 1937. Célebre es la enseñanza del Papa. *Procurad —dice— venerables hermanos que los fieles no se dejen engañar. El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir que colaboren con él en ningún terreno los que quieren salvar la civilización cristiana.* Y como alguien, valiéndose de sutiles distinciones pudiera desvincular la idea comunista del estado bolchevique, el Papa tiene la precaución de identificarlos y así habla en repetidos pasajes del *comunismo soviético o bolchevique, o moscovita*. Es decir que, en concreto, la lucha se entabla hoy en la civilización cristiana, rei-



Fratres: scientes, quia hora est iam nos de somno surgere.

Palabras del Apóstol San Pablo en la Carta a los Romanos y que se leen en la Epístola de este Primer Domingo de Adviento (3 de diciembre) en las que el Apóstol nos invita a obrar nuestra santificación.

no de la Iglesia, y el comunismo ateo bolchevique, con su cabeza, por ahora, en la Rusia de Stalin, reino del Anticristo. Por esto Pío XI aplica al comunismo, a quien llama el mal más tremendo de nuestros tiempos (*Caritate Christi*) los caracteres propios del Anticristo. Así dice en la *Caritate Christi*: "...ese odio satánico contra la religión, que recuerda el *mysterium iniquitatis* de que nos habla San Pablo (II, Tes. II, 7); y en la *Divini Redemptoris* escribe: y es esto, lo que por desgracia estamos viendo: por la primera vez en la Historia, asistimos a una lucha fría y calculada y cuidadosamente preparada contra todo lo divino, aludiendo al pasaje de la II Carta de San Pablo a los fieles de Tesalónica donde el apóstol se refiere al Anticristo, con estos términos: *Nadie os engañe en ninguna manera: porque sino viniere primero la apostasía, y se descubriere prime-*

ro el hijo de perdición, el que lucha contra lo divino...

El parentesco del comunismo con el liberalismo lo apunta el Pontífice en la misma carta cuando escribe: *Y para explicar cómo ha conseguido el comunismo que las masas obreras lo hayan aceptado sin examen, conviene recordar que éstas estaban ya preparadas por el abandono religioso y moral en que las había dejado la economía liberal...* Ahora pues, se recogen los frutos de errores tantas veces denunciados por nuestros predecesores y por Nos mismo, y no hay que maravillarse de que en un mundo tan hondamente descristianizado se desborde el error comunista".

Estas autorizadas consideraciones que podrían ser más documentales y precisas si lo permitiera la estrechez de un artículo, nos muestran que hay una continuidad entre los que, a través de los años, combaten la civilización cristiana. Esto es ya suficiente para pensar que hay un centro de actividad común que dirige esta lucha. La Catedral Romana no ha dejado de denunciarlo con toda claridad. Así, en la *Divini Redemptoris* dice Pío XI: *Además esta difusión tan rápida de las ideas comunistas que se infiltran en todos los países, lo mismo grandes que pequeños, en los cultos como en los menos desarrollados, de modo que ningún rincón de la tierra se ve libre de ellas, se explica por una propaganda verdaderamente diabólica, cual el mundo tal vez jamás ha conocido: propaganda dirigida desde un solo centro y adaptada habilísimamente a las condiciones de los diversos pueblos...*

Este centro es el que ha sometido a Rusia bajo el yugo comunista como también lo dice el Pontífice: *Pero con esto no queremos en modo alguno condenar en masa a los pueblos de la Unión Soviética, por los que sentimos el más vivo afecto paterno. Sabemos que no pocos de ellos gimen bajo el duro yugo impuesto a la fuerza por hombres en su mayoría extraños a los verdaderos intereses del país, y reconocemos que otros muchos han sido engañados con falaces esperanzas. Condenamos el sistema y a sus autores y autores, los cuales han considerado a Rusia como terreno más apto para poner en práctica un sistema elaborado desde hace decenios, y de allí siguen propagándolo por todo el mundo.* (*Divini Redemptoris*).

De aquí que sería grave error considerar el comunismo bolchevique como un sistema erróneo y peligroso —uno de tantos— desvinculado de otros;... es el peligro más grave y fundamental porque es el sistema excitado para ser opuesto a la civilización cristiana, por aquellos que controlan y dirigen la lucha secular contra la Iglesia y la civilización cristiana. De aquí que el mismo Pío XI en su *Divini Redemptoris* tenga especial cuidado en vincular el comunismo bolchevique con el comunismo que aparece en 1846 y aún con las otras fuerzas descristianizadoras. Dice así Pío XI: *Desde los tiempos en que algunos círculos cultos pretendieron libertar la civilización humana de las cadenas de la moral y de la religión, nuestros Prede-*

SUMARIO

JULIO MEINVILLE: *Conspiración Anticristiana*. — SANTIAGO DE ESTRADA: *Charles de Foucauld*. — R. MARTÍNEZ ESPINOSA: *Sobre el Nacionalismo y lo posible*. — CL. E.: *Ju-*

gundo con fuego. — JOSÉ MARÍA DE ESTRADA: *José de la Riva-Agüero*. — PAUL CLAUDEL: *Santa Cecilia*. — HÉRCULES SPAGHI: *Teatro*. — OVIS: *Cine*. — RESEÑA DE LECTU-

RAS. — JUAN ANTONIO BALLESTER PEÑA Y FRANCISCO FERNIELES: *Dibujos*. — JUAN ANTONIO: *Dibujo de Foucauld*. *Cine*.—

cesores llamaron abierta y explícitamente la atención del mundo sobre las consecuencias de la desecristianización de la sociedad humana. Y por lo que hace al comunismo, ya desde 1846 nuestro Predecesor Pío IX, de santa memoria, pronunció una solemne condena, confirmada después en el Syllabus, contra "la nefanda doctrina del llamado comunismo, tan contraria al mismo derecho natural; la cual, una vez admitida, llevaría a la radical subversión de los derechos, bienes y propiedades de todos, y aún de la misma sociedad humana". Más tarde otro Predecesor nuestro de inmortel memoria, León XIII en la encíclica Quod Apostolici muneris, lo definió "mortal pestilencia que se infiltra por las articulaciones más íntimas de la sociedad hu-

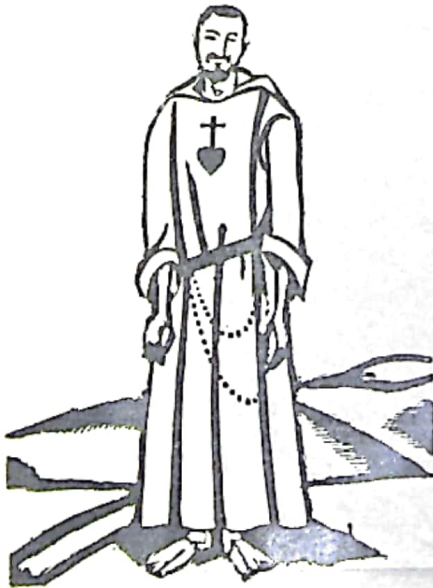
mana y la pone en peligro de muerte"; y con clara visión indicaba que las corrientes ateas entre las masas populares en la época del tecnicismo, traían su origen de aquella filosofía, que de siglos atrás trataba de separar la ciencia y la vida de la fe y de la Iglesia.

Tenemos entonces que el comunismo ateo moscovita, enemigo número uno de la civilización cristiana, está vinculado con el comunismo que hace su entrada en la historia en 1846 con los conatos revolucionarios de entonces y con la justificación científica que le buscan Marx y Engels. Está vinculado asimismo con el liberalismo y el filosofismo que trabajan desde los primeros años del siglo XVIII en esta obra de destrucción de la civilización cristiana. Y aquí uno se pregunta: ¿puede explicarse esta campaña sistemáticamente continuada contra la Iglesia y la civilización cristiana, a través de centurias, sino hay un mismo y continuado cerebro que excogita y una misma y continuada mano que ejecuta? Para develarnos este misterio fué escrita por León XIII la *Humanum Genus*, donde nos dice: Durante toda la continuación de los siglos contienden entre sí con varias y múltiples armas y peleas aunque no siempre con igual ímpetu y ardor. En nuestros días, todos los que favorecen la peor parte parecen conspirar a una y pelear con la mayor vehemencia, siéndoles guía y auxilio la sociedad que llaman de los masones, extensamente dilatada y firmemente constituida. Sin disimular ya sus intenciones, audacisimamente se animan contra la majestad de Dios, magnifican abiertamente y en público la ruina de la Santa Iglesia, y esto con el propósito de despojar, si pudiesen, enteramente a los pueblos cristianos de los beneficios que le granjeó Jesucristo, Nuestro Salvador.

Y para que nadie pueda imaginar que el Pontífice se refiere a enemigos momentáneos de la Iglesia y sí a enemigos continuados que llevan su labor a través de una acción perseverante de siglos y en las más diversas situaciones y lugares, invoca León XIII los Documentos de sus Predecesores diciendo: Los Romanos Pontífices nuestros antecesores, ve-

lendo solícitos por la salvación del pueblo cristiano, conocieron bien pronto quién era y qué quería este capital enemigo apenas osomaba entre las tinieblas de su oculta conjuración; y como declarando su santo y seña, amonestaron con previsión a príncipes y pueblos que no se dejaban prender en las malas artes o asechanzas preparadas para engañarlos. Dióse el primer aviso del peligro el año 1738 por el Papa Clemente XII, cuya constitución confirmó y renovó Benedicto XIV. Pío II siguió las huellas de ambos, y León XII, incluyendo en la Constitución apostólica QUO GRAVIORA lo decretado en esta materia por los antecesores, lo ratificó y confirmó para siempre. Pío VIII, Gregorio XVI y Pío IX, por cierto repetidas veces, hablaron en el mismo sentido. Destaca a continuación el Pontífice el poderío que ha alcanzado esta secta, "entrometiéndose por la audacia y el dolo en todos los órdenes de la república hasta el punto que parece haberse hecho casi dueña de los Estados", y explica luego como se ayuda en su labor de otras sociedades. Hay varias sectas que, si bien diferentes en nombre, ritos, formas y origen, unidas entre sí por cierta comunión de propósito y afinidad entre sus opiniones capitales, concuerdan de hecho con la secta masónica, especie de centro de donde todas salen y adonde vuelven. Estas, aunque aparenten no querer en manera alguna ocultarse en las tinieblas, y tengan sus juntas a vista de todos y publiquen sus periódicos, con todo, bien miradas son un género de sociedades secretas, cuyos usos conservan... Con estas mentidas apariencias y arte constante de fingimiento, procuran los masones con todo empeño, como en otro tiempo los maniqueos, ocultarse y no tener otros testigos que los suyos. Buscan hábilmente subterfugios, tomando la máscara de literatos y sabios que se reúnen para fines científicos; hablan continuamente de su empeño por la civilización, de su amor por la infima plebe; que su único deseo es mejorar la condición de los pueblos y comunicar a cuantos más puedan las ventajas de la sociedad civil.

Es interesante la descripción de los principios de ciencia política que rigen según



Cargado de pecados, desembarcó un día en las playas africanas el joven oficial Charles de Foucauld. Era francés y de noble estirpe. Sus antepasados habían contribuido a forjar el reino cristiano de los Capetos, y, cuando las turbas fanatizadas por los falsos profetas de la Revolución impía pretendieron hacer de la "Fille aimée de l'Eglise" la "Maitresse de Satan", la sangre de los Foucauld corrió como la del justo Abel. Pero el ambiente sensual y corrompido de fines del ochocientos estaba a punto de asfixiar al noble Charles, que, entregado a los placeres de la carne, parecía no conservar ni siquiera la memoria de las virtudes de su estirpe. Y así, su primer encuentro con el desierto no produjo más resultado que poner de manifiesto el grado de podredumbre moral a que había llegado.

No por ello lo abandonó el Señor. Quedaba aún un dejo de auténtica nobleza en el corazón de Charles: al saber que sus antiguos camaradas de armas, a quienes había abandonado por una mujer, se hallaban en peligro, y con ellos su bandera y sus ideales, volvió a empuñar las armas en tierra africana. Inició de esta manera el largo proceso de purificación: lento y laborioso en sus comienzos, pero al que no renunciaría ya

más, puesto que hasta el final de su vida encontraría algo de que desprenderse. No sospechaba, por cierto, que al dejar esa mujerzuela había respondido desde lejos, desde muy lejos todavía, al llamado insistente de la Gracia.

Quiso asomarse más de cerca al desierto, y, libre de las ataduras militares, pudo realizar un arriesgado viaje por Marruecos. Tomó notas, escribió apuntes de interés evidente para la obra colonizadora que consideraba reservada para Francia, y llegó a convencerse de haber encontrado el camino de su vocación... En realidad, recién después de varios años podría darse cuenta cabal de lo que el Señor se había propuesto al llevarlo a través de los extraños senderos marroquíes enteramente desconocidos a los europeos de su tiempo.

Más limpio ahora de cuerpo y de alma, fija en su mente la visión de cuanto había visto y meditado en su larga peregrinación entre las arenas del desierto y los pueblos infieles, estaba en condiciones de admirar las viejas virtudes cristianas de su nación. Porque fué en París, precisamente en París, esa ciudad que los pecadores del mundo pretenden para sí, en donde Charles de Foucauld encontró la Verdad que lo libró para siem-

pre del poder del enemigo. No sucedió ello enseguida, pero el constante alternar con gentes cuyas vidas le hablaban de la serena paz del hombre cristiano, iba como envolviéndolo en las redes que la gracia le tendía. El toque definitivo fué una verdadera estocada contra la que no encontró fuerzas para oponer: quiso "conversar" con el abate Huvelin, a quien trataba en salones de sus parientes, y el abate, sacerdote del Altísimo, no pudo retener el torrente de la Gracia con que el Señor había dispuesto colmar al noble Charles.

La vida sacramental lo transformó de inmediato. No era Foucauld de aquellos que se detienen en el camino aunque más no sea para contemplar lo andado; el afán de cada día le hacía dar un paso más en su progreso espiritual. Así como otrora renunciara a sus vicios, y más tarde dejara la milicia y hasta sus exploraciones, ahora abandonaría los estudios profanos, sus reuniones con gente del siglo y los bienes heredados de sus mayores. Había aceptado de veras la invitación formulada por el Señor a los jóvenes de su casta: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo; y ven, sígueme". ¡Ah! Foucauld no padeció la amarga tristeza de aquel mancebo que no prestara oídos al llamado divino.

En Francia y en Oriente, Charles, monje trapense, fué modelo de humildad y de obediencia. Pero el Señor le tenía señalado un destino que él aún no acertaba a ver. Para verlo mejor redobló en humildad y en obediencia, con lo cual evidentemente no pa-



León XIII a las sectas masónicas. En este género —dice— estatuyen que los hombres todos tienen derechos iguales y son de igual condición en todo; que todos son libres por naturaleza; que ninguno tiene derecho para mandar a otro, y el pretender que los hombres obedezcan a cualquiera autoridad que no venga de ellos mismos es propiamente hacerles violencia. Todo está, pues, en manos del pueblo libre; la autoridad existe por mandato o concesión del pueblo tanto que, mudada la voluntad popular, es lícito destruir a los príncipes aún por fuerza. La fuente de todos los derechos y obligaciones civiles está o en la multitud o en el gobierno de la nación, informado, por supuesto, según los nuevos principios. Conviene, además, que el Estado sea ateo; no hay razón para anteponer una a otra entre las varias religiones, sino todas han de ser igualmente consideradas. Y que todo esto agrade a los masones del mismo modo, y quieran ellos constituir las naciones según este modelo, es cosa tan conocida que no necesita demostrarse. Con todas sus fuerzas e intereses lo están maquinando así hace mucho tiempo, y con esto hacen expedito el camino a otros más audaces que se precipitan a cosas peores, como que procuran la igualdad y comunión de toda la riqueza, borrando así del Estado toda diferencia de clases y fortunas.

En este pasaje del Pontífice puede reconocer el lector cómo los principios públicos de los masones son los mismos que divulgan los liberales y comunizantes, y los católicos "cristianos o evangélicos" con sus jefes Maritain y Ducattillon, los mismos que difunden la prensa y la propaganda internacional, los mismos que rigen la actividad de sociedades filantrópicas internacionales como los "Rotary" y los mismos también que invocan los grandes jefes de las naciones democráticas para disimular sus planes de dominación universal. Pero no nos adelantemos. Debajo de estos rótulos humanitarios y fraternales se esconden los malévolos intentos, como dice León XIII, de "acabar con la religión y la Iglesia conservada perennemente por el mismo Dios, y resucitar después de die-

ciocho siglos las costumbres y doctrinas gentílicas.

Pero por hoy no queremos sino hacer notar cómo estas fuerzas ocultas son denunciadas también por Pío XI en importantes documentos, como promotoras de la destrucción de la civilización cristiana. Hablando del comunismo en la *Divini Redemptoris* y examinando las causas de su propagación, dice Pío XI: Una tercera y poderosa ayuda de la difusión del comunismo es esa verdadera conspiración del silencio ejercida por una parte de la prensa mundial no católica. Decimos conspiración, porque no se puede explicar de otro modo el que una prensa tan ávida de poner en relieve aún los más menudos incidentes cotidianos, haya podido pasar en silencio durante tanto tiempo los horrores cometidos en Rusia, en Méjico y también en gran parte de España, y hable relativamente poco de una organización mundial tan vasta cual es el comunismo moscovita. Este silencio se debe en parte a razones de una política menos previsora y está apoyado por varias fuerzas ocultas que, desde hace tiempo, tratan de destruir el orden social cristiano.

A la luz de estas enseñanzas del alto Magisterio eclesiástico, aparece claro que existe una continuidad, a través de los siglos, en los agentes terrestres del diablo que ayer con el protestantismo y el filosofismo y la Revolución Francesa, luego con el liberalismo y el socialismo, hoy con el comunismo, trabajan por demoler la ciudad cristiana. Se podría ahondar más profundamente en investigación e inquirir si detrás de las sectas masónicas no hay todavía la acción de agentes más secretos que trabajan contra Cristo desde que apareció sobre la tierra y fué colocado como signo de contradicción. Pero para el fin de nuestro estudio, nos basta por ahora detenernos en la masonería y el comunismo que trabajan de consumo. Advertimos así, por hoy, cómo hay que denunciar francamente a los enemigos en los muros mismos de la ciudad cristiana, quienes, bajo las apariencias de un cristianismo desleído y dulzón, más compasivo con los no-católicos que con los católicos, cargan a éstos las culpas de la des cristiani-

zación de la vida. Sin duda que todos tenemos culpa en que Jesucristo no sea más amado y glorificado. Pero ese afán sistemático, introducido por Berdiaeff, y continuado por el Maritain de la segunda época y por Ducattillon, de echar las culpas a los católicos de los males del liberalismo y del comunismo, no deja de ser sospechoso; porque con esa táctica, típica del padre de la mentira, vestido de ángel de luz, se echa una cortina de humo sobre los verdaderos agentes de la disolución social que, así escudados, pueden trabajar más aceleradamente en la destrucción de la Cristianidad. Próximamente veremos sobre qué bases realizan esta labor destructiva.

JULIO MEINVILLE.



FOUCAULD

día errar. No tardaron en abrirse las puertas de la clausura, y pudo así, "no por fervor novicio sino amancestrado tras largas pruebas en el Monasterio y perfectamente adiestrado con el trato de muchos a combatir al demonio (como quiere el Santo Patriarca de los Monjes), seguir los pasos de San Jerónimo en su vida de anacoreta llevada en los santos lugares que habitara el Señor en su paso por la Tierra.

No debía detenerse, sin embargo, allí. Era menester que renunciara también a esa vida de dulce abyección de Tierra Santa; porque, si bien es cierto que la vía purgativa jamás debe abandonarse del todo en este mundo, era llegado el momento para él en que había de prevalecer la vía iluminativa: el ermitaño tenía que recibir las sagradas órdenes y ser hecho depositario y administrador de los divinos misterios. Regresó pues a Occidente para ser Sacerdote.

En Africa había caído en la cuenta de la fealdad del pecado; en Europa había apreciado la grandeza de la Fe, y en Oriente, habiase abandonado a la vida de unión con Dios. Una vez ordenado sacerdote, ya estaba entonces en condiciones para enfrentar de nuevo a los nómades del desierto y ser entre ellos el Apóstol desde siglos esperado. El desierto era por otra parte el mejor espejo para su alma de asceta y las tribus errantes la más adecuada imagen de su espíritu de peregrino infatigable.

Su apostolado no fué como el de San Francisco Javier: jamás se creyó llamado a convertir muchedumbres de infieles. Su misión era como la del Bautista, porque era menester que por medio de su voz, clamante en el

desierto, los gemidos inenarrables del Espíritu purificaran esas comarcas de miseria moral y de pecado, para que un día, aún esperado, la raza de San Agustín y de Santa Mónica sea incorporada al seno de la Iglesia. En sus ermitas de Beni-Abbes, In-Salah y Tamunrasset, escalas de su penetración al al Sahara, al par que testigos de sucesivos desprendimientos, el Padre Foucauld postrado ante el Santísimo Sacramento ofrecía al Señor una alabanza que hasta entonces nadie le había tributado; y el Señor, llevado corporalmente por mano de su humilde sacerdote se anticipaba a los misioneros que habrían de seguirle.

¡Tamunrasset! Última escala del servidor de Cristo. En su camino de renunciamientos ha debido despojarse hasta lo indecible, pues ya ni siquiera puede ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa con la frecuencia que ansia su alma sacerdotal. No le queda ya más que la Fe como luz de la inteligencia, se tan viva que deja entrever las maravillas de la Visión; y no cuenta ya más que con el Señor sacramentado como compañero en sus horas de soledad y de silencio. Los ecos lejanos de la guerra desatada en Europa parecería turbar a veces la paz de su alma, pero es en realidad la angustia de entrever

que quizá ese desborde de pasiones alcance a los nómades que pronto estarían maduros para recibir el Evangelio, y también el temor ¿por qué negarlo? que con Francia fuesen domeñados los auténticos valores cristianos que su patria terrena, a pesar de los locos esfuerzos de sus malos conductores, aún abrigaba.

No se equivocaba del todo. En el desierto comenzaron los síntomas alarmantes. El ermitaño tuvo que construir un fortín para proteger a sus tuaregs. Bandideros rapaces recorrían el Sahara, y no faltaban fanáticos árabes que consideraban llegado el momento de reconstruir el Islam... El 1º de Diciembre de 1916 moría cobardemente asesinado el Padre Carlos de Foucauld.

He aquí la vida de un servidor de Dios a quien no sabemos si un día veneraremos entre los Santos, pero, eso sí, una vida a través de cuyos pasos se nos muestra el poder de la Gracia, el valor de la penitencia y hasta dónde puede llegarse por el camino de la Cruz, aun en este siglo afeminado y superficial que, por eso mismo, debe ser el siglo de los grandes heroísmos y de la liquidación definitiva del apego a las comodidades del mundo y las delicias de la carne.

SANTIAGO DE ESTRADA.



SOBRE EL NACIONALISMO Y LO POSIBLE

Lucidez crítica, simplicidad y propiedad estilísticas, un idioma estrechamente implicado con el pensamiento cuyo curso sigue sin obscurecerlo nunca, una exposición sucinta pero extraordinariamente densa, un juicio seguro de sí mismo y de completa madurez, tales son las cualidades que se descubren en el libro de Thierry Maulnier "Más allá del nacionalismo". En una réplica de "Esprit" allá por 1935, reconocían al autor como uno de los críticos más inteligentes de la época. Además, las virtudes clásicas cultivadas excelentemente toman un tinte casi ascético en Maulnier por obra del predominio de lo puramente racional y de la exclusión de todo "pathos" demostrativo en sus argumentaciones.

El prologoista de la edición castellana hecha en Buenos Aires meses atrás encuentra con acierto que este libro es digno de enorme resonancia, impedida sólo por la perturbación espiritual causada por la guerra. Por nuestra parte creemos que su suerte, como la de toda obra de valor real, será madurar lentamente en un influjo provechoso para la comprensión del problema político fundamental de nuestro tiempo. Dejamos de lado las inevitables condenaciones de los adversarios, cuyo papel no puede ser otro que el de impedir toda aplicación *prematura* de los principios redescubiertos por la sociedad que quiere subsistir. El libro, como las fuerzas históricas que explica y analiza, hará camino. Por eso, su publicación en el país es una colaboración de importancia en favor de la higiene mental de tantos que, arrastrados por el torbellino de las pasiones sociales, son en su enorme mayoría incapaces de distinguir su derecha de su izquierda (dicho sea en sentido propio, no menos que en el trópico). Aún admitiendo que el fruto de su atenta lectura pueda frustrarse a causa de la increíble violencia de las luchas actuales, no dejamos de confiar que la misma necesidad de hallar exacta explicación de la crisis en que está naufragando la civilización liberal y criterios firmes sobre los movimientos de restauración ayude a la difusión de la obra.

Se comprende sin esfuerzo, que la tesis desarrollada en los dos últimos capítulos y que procuran nombre al libro, sorprenda y aún desagrade a los nacionalistas que miran a su concepción política como un "desideratum" todavía distante de haberse realizado. Para hacer justicia al autor es necesario considerar que su trabajo, publicado en 1938, tomaba en cuenta los movimientos triunfantes para esa época en distintos países europeos y, de ellos, casi exclusivamente al fascismo o al nacional-socialismo, cuya fuerza estaba demostrada por los hechos, pero cuyas debilidades también empezaban a manifestarse para un observador perspicaz. Maulnier señala, en primer término, "la debilidad del pensamiento político" de aquéllos, reducidos a apelar al pragmatismo empírico y al misticismo social para devolver a la comunidad histórica el gobierno de su propio mundo. Admite, sin embargo, que esta deficiencia es un fenómeno general hoy, cuando la inteligencia aparece divorciada de la acción por dondequiera, pero se pregunta si, más allá de los triunfos del momento, del éxito temporáneo, el nacionalismo será capaz de lograr aquellas transformaciones en la estructura de la sociedad que, cimentadas en la substancia misma del espíritu, correspondan a un cierto modo de aceptación de la vida e imponiéndose a la conciencia y a la inteligencia de los hombres de este tiempo como la única idea aceptable, consiga imprimir huella durable en el curso mismo de la vida. Compara la carencia de una doctrina definida en el nacionalismo, la falta de una

clara conciencia intelectual, con la madurez teórica lograda por el socialismo gracias a la lenta elaboración de su formulario durante el medio siglo en que el movimiento obrero estuvo incapacitado de obrar más que en forma aislada y puramente local. Empero no induce de esta diferencia una menor capacidad del primero para imponerse, ya que la presión de los acontecimientos lo ha obligado desde el primer momento a combatir en la más terrible encrucijada de la historia moderna para salvar aquello que el instinto de las multitudes reclama como la primera de las realidades que debe ser defendida, es decir la Nación misma. Con insuperable claridad resume esta cuestión. "Las circunstancias en que han nacido explican y excusan la confusión intelectual y la debilidad doctrinal de muchos movimientos nacionalistas europeos. Corresponde a esos movimientos probar que esta debilidad y esta confusión, fruto de contingencias históricas, no les son esenciales y que pueden librarse de ellas. Sin esa prueba se tendrían derecho de concluir que no han sido más que los estereotipos convulsivos de una sociedad agonizante, y no los primeros y auténticos sobresaltos de una nueva era histórica". Para triunfar, un movimiento debe estar históricamente dispuesto. El nacionalismo puede ser desplazado por doctrinas quizá inferiores, hasta catastróficas, si éstas se encuentran más prontas que él.

Otro signo adverso encuentra en la forma de tratar el problema económico del mundo moderno. Las reformas intentadas, justas en particular, "no aparecen deducidas de una teoría general del trabajo en la vida económica y de las relaciones de la vida económica con el conjunto de la vida colectiva". El nacionalismo parece no atre-

verse a llegar a las raíces mismas del mal que aqueja al mundo moderno, su profunda voluntad de transformación parece vacilar y flotar para recaer parcialmente en las rutinas del liberalismo. Por mucho que su energía revolucionaria renueve y vivifique los antiguos métodos, que su moral tenga más nobleza y rigor "todavía está a la búsqueda de sus ideas generales y, a falta de ellas, vacila y fracasa en el momento en que necesita fundar sobre una verdadera comprensión del mundo sus soluciones constructivas". De ahí el riesgo de aburguesarse que corre el nacionalismo, al "hacerse cómplice de la dominación económica de una casta sobre la nación, al ser incapaz de libertar realmente a la nación en el plano económico".

Un nacionalismo que sólo a medias sea revolucionario incurrirá en el error idealista de resolver con recetas sentimentales los problemas reales creados en la sociedad por el liberalismo, que es justamente el responsable de la deformación histórica de aquélla, en el error reformista de dejar en pie las instituciones políticas de la democracia en las cuales se albergan las potestades económicas que ahogan a la nación.

Caerá, así, bajo la dominación del pensamiento conservador que intenta servirse del principio de la realidad nacional para desbarazarse del problema de la lucha de clases, y que identifica a los intereses de la nación con los intereses de la clase que actualmente la domina.

Engaño idealista, desviación reformista, ambos modos del posible fracaso político, exigen que el nacionalismo adquiera una conciencia clara de su misión en la historia. Su aparición significa que la comunidad nacio-



JUGANDO CON FUEGO

¿Cuál será una de las mejores obras de la Cuarta República Francesa? Se pregunta el P. Ducattillon en una revista quincenal editada entre nosotros (1). ¿Cuál será? ¿Cuál no será? Adivina, adivinador, antes de que lleguemos, que llegaremos pronto, a leer más claramente peligrosos errores en la fe.

¿Cuál será ese desideratum, por el cual gime (y cómo) la naturaleza *damnata*, cuál ha de ser esa "mejor obra" por la que será conocida, sellada, ese nuevo tenebroso período? La dice el propio interrogador, al pie de la segunda columna de la página en que formula su pregunta. Lo dice, con todas las letras y con toda la intención que cabe suponer a su doble investidura de sacerdote y de religioso, a su doble "segregación", este ilustre ejemplar de la orden de los conferenciantes; lo dice así, subrayado y todo: *la Iglesia libre en un Estado libre*. Llama a eso: verdadera fórmula a la vez democrática y cristiana y agre-

(1) "Orden (sic) Cristiano", ex-Revista Católica, No 77, del 15 de nov. 1944, pág. 640.

ga que ese ideal (sic) ha sido *obscura y perseverantemente perseguido por Francia desde sus comienzos* (2); (sufrir, triste alma de Clodoveo!).

— Esto está escrito; oh poder de los números!

(2) Todo esto parece inventado. Cuesta creer que después de años de estudios teológicos y antes de la sencillez, un religioso pueda ofrecer a su auditorio fórmulas masonicas como si fuera la verdad y jugar con tanta desaprensión con la dinamita del error y con el tóxico del escándalo. Para el que dure de la transcripción que hacemos en la nota, reproducimos los tres últimos párrafos del artículo del P. Ducattillon, que estamos contemplando: "y la Cuarta República encontrará la fórmula de una armonía que salvaguardará plenamente la autonomía recíproca y normal de dos tendencias y dos poderes".

¿Autonomía recíproca y armonía; no es acaso la verdadera fórmula a la vez democrática y cristiana la Iglesia libre en un Estado libre?
Realizar este ideal que, *obscura y perseverantemente perseguido*, Francia ha perseguido desde sus comienzos, no será una de las mejores obras de la Cuarta República?

nal histórica, la comunidad humana, el hecho humano primitivo, elemento irreductible de la historia, desgarrada por los conflictos internos y atacada en su continuidad, busca superar esos antagonismos mortales y llegar a reencontrarse a sí misma y a rehacerse en "la metamorfosis libertadora". El nacionalismo surge, así, como "la conciencia de la continuidad viva de la nación" atacada por la monopolización capitalista, primero y subsiguientemente por la rebelión proletaria, y que se esfuerza por subsistir alcanzando una nueva síntesis. Pero al nombrar comunidad nacional, se nombra un todo extraordinariamente complejo que, si puede "debilitarse o desaparecer por accidente, azar, debilitamiento o rebelión de uno solo de sus elementos, únicamente puede acrecentarse, elevarse a una etapa superior de des-" *envolvimiento por el consentimiento y la participación de todas sus fuerzas y de todas sus funciones esenciales*". Es evidente que el liberalismo, al mantener la hegemonía invisible y desvitalizadora de la casta económica sobre la sociedad, y el marxismo, al reducir la porción válida de la humanidad al proletariado, se caracterizan por mutilar la realidad social, y a ello se debe la reacción orgánica de la comunidad nacional que se arma para defender su vida, su entidad, anterior y superior a las circunstancias que han suscitado, tanto el industrialismo y las teorías de la felicidad por la riqueza, como el despojo y la organización revolucionaria de las clases obreras. Comprender que su función específica es unir a todos los elementos sociales en una armonía equilibrada, constituye el "plus ultra" que el nacionalismo debe asignarse como término, trascendiendo la etapa puramente emocional,

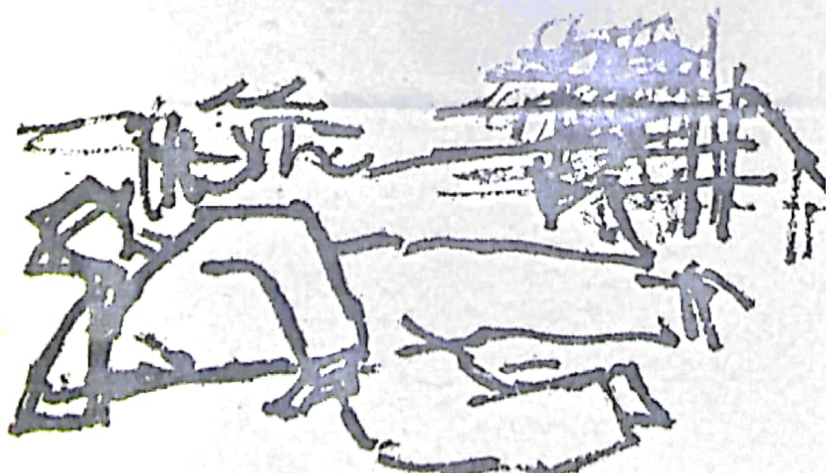
instintiva, que ha regido sus primeros impulsos y movimientos.

Entre los elementos cuya colaboración es indispensable, el nacionalismo ha hecho fortuna primeramente en las "categorías intermedias", surgidas de la misma evolución de la sociedad industrial y ubicadas entre la casta económica dominante y el proletariado en su lucha contra la proletarización, que también se integra con trabajadores del campo, con los servidores de la burocracia estatal y aún con los profesionales y militares, dueños de una conciencia social superior por su estabilidad, su prestigio o su cultura. Ahora le es indispensable incorporarse las fuerzas obreras en que reside un factor vital de la sociedad contemporánea; las organizaciones sindicalistas. Así como los movimientos nacionalistas, el sindicalismo traduce el esfuerzo de una clase por recuperar un lugar como creadora responsable de la vida colectiva, por librarse de la condición de elemento pasivo de la historia, y de la misma manera que aquéllos se ha visto frente al riesgo de caer en la doble trampa de la democracia reformista y del marxismo revolucionario. Las masas obreras engañadas, captadas por la filosofía revolucionaria están perdidas para cualquier intento de integración nacional, pero grandes sectores del sindicalismo pueden aún comprender la coincidencia de sus intereses profundos con los de los demás grupos sociales que, como el proletariado, son víctimas de una misma tiranía. "Es innecesario destacar, dice el autor, el enorme aumento de eficacia que resultaría para las dos grandes fuerzas aparecidas con la disolución liberal de la comunidad, la afirmación de la continuidad nacional en las ca-

"tegorías no proletarias de trabajadores y el esfuerzo del proletariado para recuperar su lugar en esta comunidad, del abandono de sus prejuicios recíprocos, de la comprensión clara de su lucha real, única, contra una única fuerza de sujeción. Con esta condición, la lucha de las diversas categorías sociales para su liberación puede confundirse con el esfuerzo único de liberación de la comunidad. Con esta condición, el sindicalismo, libre de sus desviaciones materialista y proletaria, y el nacionalismo libre de sus tendencias sentimentales o idealistas que hacen de él un arma en provecho de los actuales dueños del Estado, pueden uno y otro superar su etapa actual de esterilidad en la creación positiva de una nueva forma de comunidad humana".

A la altura de los acontecimientos históricos a que hemos llegado, parecería inútil este examen de las posibilidades que se ofrecen a un movimiento de liberación y reordenamiento político como el nacionalismo. Una fría mirada sobre el contorno, podría incluso inducir, con el auxilio de un poco de pesimismo, a colocar ese inmenso esfuerzo del espíritu en la condición prevista por Maulnier. "La historia humana se hace por una incesante selección entre los posibles. Bastan algunas contingencias para relegar a una sociedad que se esforzaba por nacer al inmenso cementerio de las metamorfosis fracasadas". Pero, porque no admitimos la dialéctica —aunque sea de más de dos términos—, ni la "praxis", su correlato en el orden de la acción, como el único fundamento de la historia, no creemos que el contraste práctico circunstancial del nacionalismo comporte su desaparición como forma política. Es más, creemos con el mismo Maulnier que "de todas las posibilidades de la historia por lo menos una queda excluida, la de un renacimiento de la sociedad liberal", así como creemos que "la destrucción de la sociedad fundada sobre la soberanía social del capital industrial... no determina la estructura marxista o colectivista de la sociedad que le sucederá". Si se acepta el símil biológico, presente a lo largo del libro, no nos cuesta sostener que el nacionalismo tiene como razón capital para subsistir y triunfar, "esta evidencia de hecho: la nación histórica es la única forma orgánica de existencia de la comunidad humana en Occidente".

Sobre esto habría que decir que el amoralismo político de Maulnier (con el que sigue fiel al pensamiento de Henri Vaugois) y el influjo subyacente de la "praxis", en su criterio, requiere ser rectificado y completado desde arriba, como bien lo advierte César Pico en el prólogo. Dilthey dice en alguna parte al concluir uno de sus copiosos trabajos de investigación: la conciencia metafísica es inmortal, y entre los datos de esa conciencia coloca la noción de que el fundamento del mundo lo constituye una inteligencia suprema. Este juicio es admisible en el mundo de la "praxis", porque resulta de interminables estudios sobre las vicencias tal y como se han dado en la historia del hombre. Los hijos de la luz noten que los que andan en tinieblas demuestran la existencia, o mejor, la vivencia de la luz. Pues este es otro "hecho irreductible" y que sin embargo no está sometido a las leyes, o lo que sea, que regulan el éxito o la decadencia de las formas políticas. Para nosotros la Iglesia está en el centro del mundo y desde el interior de los espíritus obra como el fermento que levanta la masa. Gracias a ella, aún cuando la ruina misma del Occidente fuera un hecho inevitable, como fruto de la intencionalidad que ha triunfado en el curso de la época moderna, los hombres podrán fundar, en las más remotas playas, nuevas sociedades en que las bases del orden social no sean atacadas como hoy por la inminente barbarie que nos amenaza.



en la entrega 77, (doble plenitud) y en la página 640 de esa revista de confusión. ¿Qué nos deparará en el siguiente número, su próxima y temible página 666?

Iglesia libre en un Estado libre, es, da estúpido decirlo, la formulación (*) explícitamente condenada por el Magisterio infalible que ahora vemos erigida en verdadera fórmula de la futura Francia, por obra de un teólogo de la Iglesia, hijo de la Hija Primogénita, que se arrellana así en la "cátedra pestilente", dentro de la más pura línea galicana.

Pareciera que con el mismo acento con que desde el púlpito nos preguntaba no hace mucho el P. Dueatillón: Católico ¿eres cristiano?, podríamos preguntarle nosotros: sacerdote cristiano ¿eres católico? Y ampliando los interrogantes —que parece buena técnica, a-

gregar: Revista Orden Cristiano ¿eres Revista Católica?

Afortunadamente esta última pregunta ha sido contestada por nuestra autoridad eclesiológica, del modo más oportuno y explícito. Leemos, en efecto, con satisfacción y agradecimiento, en su último número de la Revista Eclesiástica de Buenos Aires, página 771, lo siguiente: "La Publicación Orden Cristiano no tiene aprobación eclesiológica, usando indebidamente el subtítulo de revista católica".

Sabemos, pues, oficialmente a qué atenernos con respecto a esa publicación que si bien se apresuró a suprimir la "marca de fábrica" *Revista Católica* que en gruesas letras ostentaba en su cubierta, la conserva todavía en el epígrafe de su contratapa, en letras más modestas pero siempre engañosas. Suponemos que los superiores de los profusos o. f. m., o. f. m. Cap., O. P., P. S. M. y Mons., vascos la mayoría, que de los ocho artículos del último número firman seis (75 %, buena proporción) sabrán también a qué atenerse.

Cl. E.

R. MARTÍNEZ ESPINOSA.

(*) Esta fórmula de los católicos liberales, inventada por Montalembert, fue utilizada por el francmasonismo Casanovi y está condenada en la proposición 15 del Concilio, que dice: "Deba separarse la Iglesia del Estado y el Estado de la Iglesia".

JOSE DE LA RIVA-AGÜERO

Se cuenta que el gran poeta Esquilo consideraba como lo más importante de su vida haber tomado parte en la batalla de Maratón. Esto tiene un profundo sentido, y no quiere decir, en modo alguno, que el autor de la Orestíada concediera más valor a su humilde labor de soldado que al glorioso cumplimiento de su vocación como poeta y exponente brillante de la cultura helena. Lo cierto es que Esquilo tenía una noción exacta del significado de Maratón; de ahí la enorme importancia que supo asignarle. En efecto, durante las épocas clásicas —cuando los valores objetivos del espíritu ocupan en la estimación humana el lugar que deben ocupar— los sabios, los poetas y todos aquellos que encarnan en cierto modo la vida intelectual de la sociedad son los más celosos defensores y custodios de esa misma estructura social en que se afirman. Esquilo se sentía solidario con aquella cosmovisión griega que reposaba en la aceptación clara de la realidad objetiva, en función de la cual el hombre griego ordenaba su vida y sobre la que reposaban los fundamentos mismos de la comunidad civilizada. La obra de Esquilo era traspaso de esa serena posición espiritual ante las cosas; estaba pues íntimamente ligada al mundo griego. Si Grecia perecía, las obras mismas que ella había engendrado, serían peso muerto para el espíritu de los bárbaros. He ahí, pues, la explicación del afán con que cualquier griego luchaba cuando estaba convencido que se trataba de conservar o perder definitivamente el ser mismo de su armoniosa civilización. Esto no es del todo comprensible en épocas que carecen de unidad cultural. Es propio, en efecto, de tiempos decadentes la presencia de intelectuales despreciadores de los valores objetivos en que reposa la sociedad que los alberga. El mentado refugio en "torres de marfil" no coincide con los períodos grandes y esplendentes. Se trata aquí de una falsa posición que resulta generalmente del orgullo e ignorancia de los intelectuales, pareja con la subestimación de los valores de la inteligencia por una sociedad que todo lo pospone a los intereses económicos.

Al recordar a don José de la Riva-Agüero, pocas semanas después de su muerte, no podemos menos de considerarlo personalmente como un auténtico intelectual clásico, puesto que su inteligencia estuvo en atención constante respecto de todo lo que es fundamentalmente valioso para nuestra existencia. Su obra escrita es demasiado abundante para que podamos siquiera bosquejarla en este pequeño artículo, pero haremos lo posible para mostrar con algunos breves ejemplos el modo como su personalidad clásica se manifiesta en sus juicios y actitudes.

En un discurso pronunciado en julio de 1934, Riva-Agüero refiere llanamente su regreso a la fe paterna que había tenido lugar años atrás, después de algunos desvaríos juveniles. "El fenómeno de la conversión —dice— es frecuente, y si no debemos blasonar de ella, porque es gracia divina concedida de lo alto a los modestos, no somos tampoco lo encogidos e infelices que tendríamos que ser para ocultarla y avergonzarnos ruinosamente de ella", y en un párrafo anterior expresa lo siguiente con respecto a los momentos que precedieron su retorno a la verdad: "yo, que me sentía en el fondo bastante desengañado de las doctrinas de Montesquieu y de Voltaire, mis antiguas delicias, y que palpaba las consecuencias funestas y la esterilidad de sus sucesores en el siglo XIX, defendía aún a los patriarcas del XVIII con el ahínco que de ordinario ponemos en las inveteradas reducciones del entendimiento y la sensibilidad, cuando estamos a punto de romper definitivamente con ellas. En la escuela de ese siglo XVIII, fuente indudable del mundo contemporáneo, me fascinaba su ilusorio clasicismo, que hoy me parece débil remedio y

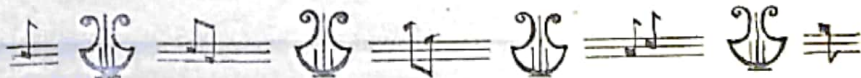
apagadísima y yerta caricatura del auténtico clasicismo greco-romano".

Cuando Riva-Agüero afirmado ya en la roca de la Iglesia, comienza a vivir dentro de la diáfana atmósfera de la verdad, puede volver sus ojos hacia los mismos tiempos y ambientes que hubo de repudiar en un primer momento, para considerar serenamente lo que allí había de hermoso y verdadero entre el abundante follaje de errores y frivolidades. Así lo vemos, con equilibrado criterio, propio de una mentalidad informada por el catolicismo, encarar el estudio de la profunda personalidad de Goethe, sobre quien pronunció una célebre conferencia en marzo de 1932, con motivo de conmemorarse en Lima el primer centenario de la muerte del poeta. En esa oportunidad puso de manifiesto el real sentido de ciertas expresiones doctrinales de Goethe que debían interpretarse como irrelevantes formulaciones de los errores que le había legado una educación imbuida de prejuicios, pero que en modo alguno caracterizaban la sustancia misma de su obra poética. En efecto, hay en la obra de Goethe, según lo hace notar Riva-Agüero, una tendencia manifiesta hacia la expresión objetiva de la belleza según la augusta majestad del clasicismo, tan conciliable con la ecumeneidad del espíritu católico, y hay también, por otra parte, en el mismo Goethe, una atracción especial por los temas y la liturgia de la Iglesia. "Goethe —afirma Riva-Agüero— era una cumbre demasiado alta para que no le alcanzara el soplo y reflejo de lo infinito".

En el Perú, desempeñó Riva-Agüero importantes cargos políticos. Fué Ministro de Justicia e Instrucción Pública, donde llevó a cabo una ponderable labor educacional. Cuando el Congreso Constituyente promulgó la ley del divorcio absoluto, Riva-Agüero se apartó del Gobierno del que formaba parte. "No debo ni quiero —decía en su nota de renuncia— en mi calidad de Ministro de Justicia orde-

nar la publicación y el cumplimiento de mandatos condenados por mi razón y execrados por mi fe". Respecto de la política interna de su país, mantuvo igual intransigencia siempre que se trataba de tópicos fundamentales; no creía ni desde el punto de vista práctico, en la eficacia de los gobiernos políticos, aunque admitía uniones esporádicas en momentos decisivos. "La unanimidad entre los radicalmente opuestos —decía— sólo se comprende y se impone en las supremas crisis internacionales e internas".

Sobra la posición de Riva-Agüero ante los problemas históricos baste decir que sus ideas en este respecto eran también fiel traspaso de su formación intelectual en el catolicismo. América es siempre Europa en este lado del mundo; somos civilizados en la medida que no renegamos de la gran cultura greco-latina y cristiana; somos Americanos y por ello contribuimos con un pequeño aporte diferencial a la gran comunidad de pueblos cultos, pero siempre que seamos fieles a esa forma superior que a todos los unifica en la gran civilización vivificada por la Iglesia. El vínculo de los pueblos hispano-americanos y el conducto por donde llegó hasta aquí esa civilización es la madre España. Sin embargo, también fuimos beneficiados directamente, aunque de un modo especial a través de España, por el espíritu francés. La emancipación americana es un hecho irreversible, que respondió a coyunturas históricas casi necesarias, no obstante la indiscutible bondad del antiguo régimen imperial. Debe rechazarse, sin embargo, toda nueva unión americana fundada exclusivamente en la vecindad continental. "La categoría de patria —dice Riva-Agüero— es substancial en la vida terrestre, por más que su extensión y modalidad cambien; representa la diversidad, la diferenciación inherente al ser, la variedad sin la cual la unidad es inerte e inorgánica. Hay entendimientos sobrado sutiles, almas ge-



SANTA

(De Feuilles de Saints)

La fiesta de Santa Cecilia se celebra en el mes de noviembre que ahora pasa,

Y como los frutos del otoño declinante a los que para que maduren se los resguarda en los cuartos de la casa,

Este es el tiempo en que a carretadas vemos descargar ante las puertas de nuestras basílicas monumentales,

Los pupitres y todos esos vasos de música, trombones, contrabajos, timbales,

Para sostener la voz de cuatrocientos cantantes en coro vigoroso;

Todo el sonido de la tierra, junto con el del hombre, ejercitado y maduro, es lo que en este día consagramos a Dios Todopoderoso.

Pero en la primavera de las persecuciones, entre las ramas humedecidas de la planta,

Cecilia, antes del despuntar de las flores, fué el primer pájaro que canta,

Tres notas solamente, lo que sabe. Escucha: el invierno ha concluido,

El atroz invierno pagano, la tristeza de lo que está muerto y corrompido.

A la virgen que no ha hecho nada malo, a la niña que dice, colmada de alegría, lo que su corazón siente,



nerosas, modernísimas y refinadas, que no se contentan sino con la gran confederación panamericana o indo-americana. Yo confieso sin rubor y con legítimo orgullo mi inferioridad intelectual y afectiva, que no comprende esa subordinación a un todo confuso y utópico. Me siento y declaro específicamente peruano; y apruebo sin reservas, desde este punto de vista, la obra de nuestra Independencia. Antes de ella vivíamos incorporados en una grande y nobilísima nacionalidad, cuya tradición es hoy mismo lo único que nos une con los demás hispanoamericanos; pero era una patria demasiado extensa e indiferenciada, y si en lo moral y cultural debemos continuar dentro de esa comunidad, que es nuestra apropiada atmósfera, en lo político, que constituye la soberanía, teníamos que recabar nuestra libre personalidad, fundada en razones geográficas, étnicas e históricas, inmensamente superiores a los meros marcos administrativos".

Riva-Agüero amaba entrañablemente a España. "Me he sentido siempre en el fondo tan español como cualquiera de vosotros — decía a su auditorio en una conferencia pronunciada en el Casino Español de Lima — y reanudando la terminología de los antiguos siglos de unión deberíamos llamarnos todos, como hasta principios del XIX lo hicimos, españoles, porque eso somos en el alma y en la esencia, españoles peninsulares vosotros, y nosotros españoles americanos". Por eso fué un incansable apologista de la gesta de España en América, un eficaz demolidor de los mitos rousseauianos que por espíritu indigenista, habían llevado a no pocos historiadores peruanos a exaltar el mundo pre-colombiano y considerarlo como sede de una civilización idílica y naturalmente buena. Con palmarias pruebas, fruto de una paciente labor científica, Riva-Agüero demuestra a quienes no bastan los testimonios del sentido común, la fatuidad de semejante acerto.

No queremos prolongar más este artículo. La obra de Riva-Agüero es amplísima; la erudición que toda ella demuestra es realmente impresionante. Riva-Agüero debe ser siempre considerado como uno de los más grandes americanos. Su posición frente a los problemas de la hora en lo que atañen a América no podía ser otra naturalmente que la única que cabe en un latinoamericano celoso del honor y la dignidad de esta parte del continente. Por lo demás siempre estuvo dispuesto a admirar la grandeza y las nobles virtudes de los pueblos allí donde se encontraran. Así, por ejemplo, en un discurso pronunciado en enero de 1934 sobre "La Italia Moderna", después de hacer un entusiasta elogio de Benito Mussolini, se refiere a los "soberbios desfiles fascistas" y a "las muchedumbres jerarquizadas y unánimes" que había visto "sobre los exhumados foros milenarios y las renovadas vías imperiales, limpia el alma de la lepra socialista, liberados todos del bajo rencor de la lucha de clases, marchar alegres y altivos por las mismas sendas de sus remotos abuelos". La grandeza de Italia dependía de su fidelidad a tal consigna, encarnada entonces por el fascismo. La caída del régimen facista había de significar — como lo evidencian los hechos actuales — el más profundo caos para la nación italiana.

Debieron sin duda ser amargos los últimos días de Riva-Agüero. Nosotros, durante una corta estadía en Lima hace un par de años, fuimos testigos de su honda preocupación por el destino de la América hispana. Permítanos a propósito ciertas referencias personales. Riva-Agüero era nuestro amigo, con él visitamos los más venerables monumentos de la histórica Lima; cada convento, cada calle, cada viejo solar, cada rincón limeño evocaba multitud de piadosos recuerdos en este gran cultor del pasado, que refería luego con magistral lenguaje. Era a fines del año 1942. Riva-Agüero habitaba en el

hotel Bolívar mientras se daba término a la restauración de la casa familiar —auténtica mansión limeña de anchos patios, muros ceñidos por mosaicos policromos y balcones salientes y cubiertos al modo oriental andaluz— que un no lejano terremoto había parcialmente deteriorado. A nuestro alrededor, en el gran salón comedor del hotel, pululaban abundantes uniformes extranjeros. "Se trata de instructores militares para el ejército del Perú" decía alguien. En realidad, como no se ocultaba a Riva-Agüero, era la política de buena vecindad que comenzaba a adquirir visibilidad corpórea. ¡Y esto hace dos años! Riva-Agüero creía sinceramente que sólo se podía esperar en la Argentina puesto que la casi totalidad de la América hispana yacía en humillante postración. Eran aquellos tiempos cuando el pendón de la neutralidad se erguía altivamente en nuestras manos como exponente de intangible soberanía. No hemos vuelto a ver a Riva-Agüero desde entonces, aunque cambiamos alguna correspondencia, pero creemos fundadamente, puesto que bien le conocíamos, que los acontecimientos que luego sucedieron no han de haber modificado aquella luminosa esperanza que siempre depositó en nuestra nación.

Don José de la Riva-Agüero era uno de los nuestros; recordémosle pues con gratitud y respeto. Dios quiso arrebatarlo en horas turbulentas, quizás para impedirle presentir tristes acontecimientos, que hubieran desgarrado su alma. Que la esperanza que él puso en la Argentina sirva al menos para acrecentar también nuestra confianza.

JOSÉ MARÍA DE ESTRADA.

TEATRO

LUZ DE GAS

De una minúscula intriga policial el autor, Patrick Hamilton, ha hecho un drama respetable que presenta particularidades técnicas interesantes: planteamiento, nudo y desenlace en un sólo acto; el primero, mientras que en los dos siguientes se sostiene el interés con el adelanto de la pesquisa entretrejida con problemas circunstanciales. Asimismo el autor desecha poner en escena el crimen y lo sitúa nada menos que quince años antes de la acción.

La obra está basada en tres personajes que le bastan a P. Hamilton para un desarrollo suficiente, aunque dos de ellos se encaran como es lógico, tratándose de policía y criminal, recién adelantado el último acto.

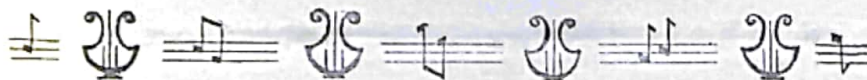
Sabiendo que una tía lejana tiene unos rubíes famosos y de mucho precio Jack Mannigham se propone robarlos, no arredrándole en su propósito degollar a la infeliz poseedora. Pero... las piedras, cuidadosamente escondidas en la casa por la anciana, no aparecen a pesar de la afanosa búsqueda de la noche del crimen.

Jack se casa con una mujer que le proporciona los dineros suficientes para comprar el edificio donde moraba la víctima y poder ir haciendo en él una investigación metódica del escondite. Como se alarga su trabajo y por miedo a que su mujer sospechare de él y lo descubriera se propone enloquecerla y encerrarla en un manicomio; casi lo consigue cuando hace irrupción en la escena un viejo policía que encuentra los rubíes —como siempre, confirmando su teoría—, salva a la mujer y entrega a la justicia al criminal.

Lo interesante es que siendo el criminal y el Inspector de Policía los más ligados a la trama, quedan bastante desplazados por la esposa que es el pivote de todos los hechos. Ese rol fué magníficamente llevado por Elsa O'Connor. S. Gómez Cou bueno, aunque extremadamente medido. Eloy Alvarez, un excelente sabueso londinense.

Se transluce una mano muy experta en teatro que ha dirigido: Narciso Ibáñez Menta.

HÉRCULES SPAGHI.



CECILIA

Paul Claudel.

¡Verdugo!, en vano te empeñas, tres veces, para exterminarla cruelmente.

¡Fuera! ¡Enemigo de la alegría! ¡Tú no puedes con tu enorme cuchilla tajante,

Interrumpir la gama involuntaria en esa garganta modulante!

¡Cada vez que con todo tu peso la golpeas para dejarla anodada,

La melodía omnipotente yergue de nuevo la cabeza quebrantada!

¡Así, cuando ya se ha concluido con el doctor que arguye con argumentación que espanta,

Cuando ya no puede hablar, escucha a la Iglesia que canta!

¡La túnica de Cecilia se ha empurpurado y la sangre fluye cada vez más fuerte!

¡Escucha, cada vez más alta a cada golpe que cae, esa voz vencedora de la muerte,

Hasta que por fin, completamente separada de la niña que no puede retenerla en su transporte indecible,

La jubilosa Aleluya asciende, imperturbable, en el safir inextinguible!

(Traducción de ANGEL J. BATTISTESSA).



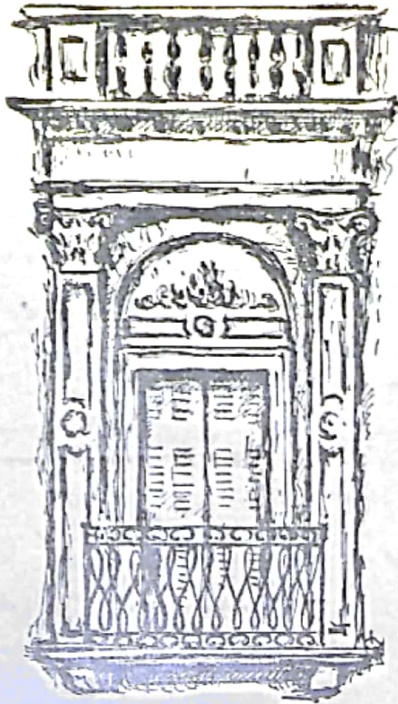
CINE

EL BUEN PASTOR

Por un elemental sentido de selección nos hubiésemos abstenido de ver "El Buen Pastor", recientemente estrenada en nuestra calle Corrientes. Por eso y por aquello de "ars longa, vita brevis" conque Hipócrates nos recomendaba el buen uso de nuestras horas. Pero pudieron más que el sabio consejo, la propaganda gráfica y el comentario técnico que al film, le hiciera un diario cuya lectura sucede tradicionalmente en las mejores familias de Buenos Aires.

Así fué: una dama gentil y dos curas, instalados holgadamente en media página del periódico, orlados con misterio y gracia por una rama de olivo, nos movieron a la lectura del suelto crítico; y éste ("El nuevo cura, juvenil, músico, ama el canto y practica con optimismo los principios de la tolerancia y de la fe en la bondad ingénita de los seres; ejecuta al piano páginas que siente y anima, juega al golf..." etc.): "...nos da en el Padre Chuck una creación... difícil en su doble carácter de liberal y de impecable..." etc.) nos llevó donde se viera cómo un Ministro del Señor puede a la vez ser y no ser, salvado ¡al fin! el escollo de la fórmula clásica, que de antiguo molesta los caminos del hombre obligándole en la adopción de un término al rechazo de su contrario. Reuniamos pues, las mejores garantías para bien juzgar: parcialidad (es decir, vivo interés en la verdad); conocimientos generales sobre el cinematógrafo yanqui y la Iglesia Católica (desde chicos estamos vinculados a ambos) y una cómoda platea.

Vamos entonces al asunto, lector de mucha paciencia. Salvos paralelos, meridianos, prejuicios, reservas mentales y demás alambradas de la buena vecindad, situémosnos en un mundo que queda del otro lado del Mundo: New York; busquemos en él la meta de nuestro viaje transmundial. Allí está, parroquia de Santo Domingo. Veremos sus calles desahucadas, su tránsito desordenado, sus pandillas desarrapadas, sus cristales destrozados. Luego, la parroquia misma. Viejo el templo, vieja la casa añeja, viejos los huesos del Father Fitzgibbon después del medio siglo de fatigas apostólicas. La cosa va mal. Acecha la vecina maldiciente y urge el prestamista hi-



potecario. Inútilmente malgasta el pobre Reverendo sus horas, las temporales y las canónicas, en interminables recuentos de monedas, en vanos esfuerzos de contabilidad. La cosa va mal. Pero el Obispo es un hombre celoso de su grey y, advertido, envía al bisoño O'Malley, familiarmente Chuck. Vémosle llegar, después de circenses perances callejeros, tantos como son necesarios para que los tataranietos y choznos de los héroes de la Reconquista (porque no olvidemos que este cuento es una vista dada en Buenos Aires), acepten con simpatía a un sacerdote católico. Llega aquél, decía, y ante el asombro del septuagenario que le ve vestido de "baseballman" (¿es que hay algo más normal que un coadjutor vestido de "baseballman"?), comienza su obra de redención. Silba, organi-

za un coro con los pilletes del barrio, toca en el piano los ritmos de moda, juega al golf, entona canciones ligeras (descoso de destruir la creencia de que la religión es cosa seria, Chuck dixit) y... ¡vaya hombre, no había apuro!... une en matrimonio a una parejita que es un primor. Mientras tanto y mediante —¡ocultos caminos de la Providencia!— la ayuda de un editor de "boogies" y de una ex-novia en figura de contralto, a quien todas las ex-novias de los tenientes curas debían imitar, libera al templo de su deuda gravosa. Hecho lo cual, se acabó el cuento.

Conclusión: para desfacer entuertos financieros, más vale ser ducho en cuentas que viejo lele; para conquistar la simpatía de golfos traviosos, mejor correrles a la par que con un palo para modular con gracia los últimos bailables, antes Bing Crosby que Don Orione. Como véis, todo esto es tan viejo como el viejo Demonio. Pero hay algo más que, si no nuevo, se presenta novedosamente. Decía el aludido comentarista de "La Na..." (¡caray, qué palabra se me escapa casi del cerco de los dientes!): "Uno (el anciano párroco) representa el hábito, la tendencia conservadora... el otro (Chuck) es la nueva fuerza formada... en iguales principios de amor... pero con otros anhelos de orden práctico y de eficaz utilidad inmediata". ¡Ah; con razón no te vimos, Father Chuck, rezar el breviario, ni officiar el Santo Sacrificio, ni predicando en el púlpito, ni absolviendo en el confesonario! Pero sí en el golf y en el tennis y en el baseball. ¡Y aquélla palabra de San Pablo a Timoteo: "...dedícate a la piedad pues los ejercicios corporales sirven para pocas cosas..."? ¡Esa es la voz de un mal jinete y tú eres, Chuck, la fuerza nueva, el sportman!

Bien. A este "Buen Pastor" hay tres modos de balarle. Primero como un carnero (caso del pálido pelele, de la señora evangélica o de la tontita de misa de doce). Segundo, como un hipócrito (cosa del comentarista a sueldo de un gran diario). Tercero, como una oveja (caso nuestro). Pero no diremos cual sea este balido hasta hacerlo resonar, en el Gran Día, a todo lo largo y lo ancho de las avenidas porteñas.

¿Y si te mueres antes? Espero de Dios el consuelo de dejar a mis hijos instrucciones reservadas.

OVIS.

EDUARDO AUNÓS, "Argentina - El Imperio del Sud". Ed. "La Facultad", Bs. Aires, 1944.

Hace dos años nos visitó don Eduardo Aunós al frente de la misión comercial española. Fruto político de ese viaje fué el convenio celebrado con la madre patria. Fruto literario, el libro que comentamos.

El destinatario original de esas páginas fué el público de España. Allí aparecieron antes que aquí. Pero aunque dirigido primeramente al lector peninsular, es indudable que el libro se escribió pensando también en los argentinos, pensando en que aquí sería leído. De ahí sus dos aspectos: el informativo y el laudatorio. El primero, destinado, naturalmente, a los compatriotas del autor que no conocen el país. El segundo, cumplida retribución de la agradecida visita a los dueños de casa.

A grandes rasgos, pero coloridos y vivaces, se ofrece una impresión general de la Argentina, un breve resumen de su historia, una descripción geográfica, una noticia de su estructura institucional. Acierta el autor al señalar la impropiedad de llamar *colonial*, al período anterior a 1810, "Por qué torcer la verdad y relegar a la condición de colonia lo que nunca fué? En el enjambre reunido de los pueblos hispanos, ¿quién era la colonia de quién? No, allí no hubo ni vencedores, ni vencidos, aparte de los aborígenes, quienes se incorporaron por su bien a la civilización hispánica".

La parte informativa es, en general, exacta. No modifican este juicio, alguna referencia histórica trunca (p. 45), o algún dato estadístico evidentemente erróneo (p. 128), más imputable sin duda a la imprenta que al autor.

A fuer de español y caballero —esto por aquello—, Aunós no regatea los elogios a sus huéspedes, y calla hidalgamente defectos que no habrán pasado inad-

RESEÑA DE LECTURAS

vertidos a su fina penetración. Se agradece la gentileza, pero no nos hubiese sabido mal que la discreción del diplomático hubiera dejado más libre a la sinceridad del escritor. Para citar un caso, nos parece, por ejemplo, una sombra en el libro, el elogio nominativo a cierta prensa tras cuya grandeza material ya sabemos cuánta miseria se oculta. Sirva de compensación el generoso reconocimiento de la acción batalladora librada por la nueva generación en

el periodismo y en el terreno cultural, a favor de los valores tradicionales comunes a la estirpe hispano-argentina.

Cuando el lector, llegado a las páginas postreras, se inclina a confesarse con alguna decepción que el libro está por debajo de lo que autor y título le prometieran, topa con los párrafos que aguardaba desde que abrió las primeras hojas. He aquí algo sobre un tema palpitante: el Hispanismo, "es decir, el retorno a nuestro propio ser y la reconquista de nuestra personalidad". ¿Qué es el Hispanismo? "Es para nosotros, hispano-americanos, no ya una doctrina de libertad, sino la libertad misma, la única forma posible de poseerla y de gozarla en su plenitud. España lucha y ha luchado siempre por la libertad de pensar, de creer, de obrar y de juzgar a su modo: a la española. Y por querer vivir a la española, conforme a su estilo y a su manera de ser, ha sido intransigente frente a todos aquellos que quisieron imponerle otro modo de pensar, de ser y de sentir. Se piensa y siente de tal modo como cada hombre es, y tal como cada país es. De la misma manera que individualmente disintimos de cuanto no condice con nuestro espíritu y repelemos tal imposición, así también España ha rechazado todas las influencias que pretendían atenuar, desviar o suprimir las esencias más puras de su personalidad, porque ello equivalía a exigirle que dejara de ser lo que era, y todos sabemos que España ¡ni muerta dejará de ser lo que es!" (pp. 229/30).

En este quehacer y en esta vigilia estamos nosotros, argentinos, defendiendo nuestro derecho a pensar, sentir y ser como somos. Defendiendo la "doctrina vital que guarda la humanidad hispánica a través de los siglos... para mantenerse dueña de sus propios actos y erigirse en censora de su conducta."

Buena tipografía y artística cubierta de Ballester Peña.

M. I. G. F.

NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

Colaboran los mejores escritores

Aparece los viernes

Subscripción anual \$ 10.—

Por semestre \$ 5.—

Número suelto \$ 0,20

Número atrasado \$ 0,40

Primer número \$ 1.—

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800